

valiosísimos servicios gozaba paga, ración y botín asignado a un arquero, que percibía su dueño, un soldado toledano, cuyo nombre es lástima que no hayan conservado los historiadores de la época.

Permítame el lector, aunque alargue este artículo, que copie con su propia ortografía el pintoresco relato que hace Fernández de Oviedo, en su historia ya citada, y perdónele el que figure en ella alguna frase demasiado gráfica.

«Porque no solamente los hombres deben ser loados e gratificados, conforme a sus virtudes y méritos pero aun de los brutos animales nos enseñan los que bien han escripto, que es razon e cosa nescesaria, y no para olvidar lo que algunos han fecho; porque ademas de nos maravillar de lo que fuere digno de admiracion e pocas vezes visto u oído, es grande la culpa que resulta de lo tal a los hombres de razon quando no hacen lo que deben pues que a los brutos animales se diferencian e aventajan en las virtudes e cosas que obran y aun a algunos hombres sobrepujan en buenos actos y hazañas. ¿Qué más vituperio puede ser para un cobarde que ganar sueldo una bestia entre los hombres, e dar a un perro parte y media, como a un balletero?»

«Este fué un perro llamado *Becerrillo*, llevado desde la Isla Española a la de Sanct Johan, de color bermejo y de boço de los ojos adelante negro, mediano y no alindado, pero de grande entendimiento. E sin dubda, según lo que este perro hacía, pensaban los chripstianos que Dios se lo avía enviado para su socorro; porque fué tanta parte para la pacificación de la isla, como la terçia parte dessos pocos conquistadores que andaban en la guerra, porque entre doscientos indios sacaba uno que fuesse huydo de los chripstianos, o que se le enseñassen, o le asía por un braço e le constreñía a se venir con el, e lo traía al real, o donde los chripstianos estaban: e si se ponía en resistencia e no quería venir lo hacía pedaços, e hizo cosas muy señaladas y de admiración».

«La noche que se dixo de la batalla del caçique Mabodomoca a la mañana antes que el gobernador Johan Ponce llegases, acordó el capitan Diego de Salazar de echar al perro

una india vieja de las prisioneras que allí se avían tomado; e púsole una carta en la mano a la vieja, e dixole el capitan: «Anda vé, y lleva esta carta al gobernador que está en Ayma-co», que era una legua pequeña de allí: e decíale aquesto para que así como la vieja se partiesse y fuesse salida de entre la gente, soltassen el perro tras ella. E como que desviada poco más de un tiro de piedra, así se hizo, y ella yba muy alegre, porque pensaba que por llevar la carta, la libertaban; mas soltado el perro luego la alcanzó, e como la muger le vido yr tan denodado para ella, assentóse en tierra y en su iengua començó a hablar e decíale: «Perro, señor perro, yo voy a llevar esta carta al señor gobernador» e mostrábale la carta o papel cogido, e decíale: «No me hagas mal, perro señor». Y de hecho el perro se paró como la oyó hablar, e muy manso se llegó a ella e alçó una pierna e la meó, como los perros lo suelen hacer en una esquina o quando quieren orinar, sin le hacer ningún mal. Lo qual los chripstianos tuvieron por cosa de misterio según el perro era fiero y denodado; e así el capitan, vista la clemencia que el perro avía usado, mandóle atar, e llamaron a la pobre india e tornóse para los chripstianos espantada, pensando que la avían enviado a llamar con el perro, y temblando de miedo se sentó, y desde a un poco llegó el gobernador Johan Ponce, e sabido el caso, no quiso ser menos piadoso

con la india de lo que avía sido el perro y mandóla dexar libremente y que fuesse donde quisiere, e así lo fiço».

El pobre *Becerrillo* tuvo un fin trágico. Un día, cruzando a nado un río, recibió una flecha envenenada que un indio le lanzara desde la orilla, y murió rodeado de sus amos, retorciéndose en horribles convulsiones, sin haberle podido salvar.

Digno es que la historia lo recuerde con gratitud, por sus señalados servicios a la causa española.

MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO.

Epílogo

Para el ilustre artista y querido amigo Esteban Domenech, que ha sabido desenrañar los misterios del Amor Terreno y del Humano Dolor. Muy cariñosamente.

*Dudando de una Dicha venidera
Tras el Misterio de la Muerte-Vida
Dejé el alma a la Carne sometida
Y fué una bacanal mi Primavera.
Llegó el Invierno y en su fría calma
Temtendo por la Fe que hube burlado
Harto ya de las mieles del Pecado
«Pensemos—dije—en redimir el alma..
Alcé un altar para expiar errores;
Y ante un Cristo yacente y unas flores,
Un cráneo de mujer y un triste cirio,
Postré mi pecadora Gusanera...
¡Y al verme así postrado, se dijera
Que reta el Señor desde el Martirio...!*

Leopoldo Aguilar de Mera.

